

El posado

Está quedando el verano hispi-do y con marejadilla, oscuro prematuramente. Sin moverme demasiado, desde esta terraza de Calafell donde en la mañana veía cómo la luz colgaba del aire sus hogueras pequeñas ahora, a media tarde, no diviso más que tiznes de nubes, un cielo con esquiras de plomo y pájaros viudos de alegría. Es decir, un otoño sietemesino. Un ánimo parecido debe rondar en estos días por los jardines del palacio de La Moncloa, donde hace unas semanas se dio el primer posado de moda ministerial de la democracia española (y de antes). El hecho ha levantado una tolvenera de ecos y voces alrededor del atrevimiento de *Todas las mujeres del Presidente* (ZP) por prestarse a un reportaje con *atrezzo* carísimo y escenografía pulida en el mismo umbral de palacio. Pero al final, el Ejecutivo ha logrado lo que buscaba: ruido, mucho ruido en un verano (otro más) de pirómanos, cuernos y excesos, medallas perezosas, un puñado de mujeres enterradas por la cobardía repugnante de sus asesinos, de sus maridos, lo mismo da, y breves cuerpos cimbreados de adolescentes espirotosas. Es decir, casi más de lo mismo.

Casi, decimos, porque el posado de las *Chicas de oro* del Gobierno nos ha querido sacar del letargo propiciando un debate que no tiene punta ni pie. Y menos en pleno mes de agosto. El hecho de que las ministras jueguen un rato a ser maniqués no puede ser bueno ni

«El posado de las ‘Chicas de oro’ del Gobierno nos ha querido sacar del letargo propiciando un debate que no tiene punta ni pie»



malo, negro ni blanco, insultante ni justo... Resulta, presuntamente, estúpido. Y más cuando alguna de ellas alegó, tras la tormenta de arena y en un revés de inflamación futuróloga, que se trataba de inmortalizar un momento histórico. Pues será para una antología de la vacuidad, porque la única Historia que cabe esperar de los Gobiernos elegidos en democracia es la de sus resultados, que en este caso aún están por ver. Las fotos pronto adquieren un tufo de hemeroteca si detrás no las soporta un andamiaje robusto, basado generalmente en aciertos.

Mal empezamos, porque ya de por sí el retrato del *dream team* femenino de ZP es un

ANTONIO LUCAS



error de cálculo. Y hasta diría que roza lo cursi. La idea que uno tiene de la eficacia política está por encima de este tipo de concesiones. Lo feliz de la paridad en un gobierno cualquiera quizá deba estar más cerca de un trasvase de ideas, de una práctica de decisiones acertadas, que de un simple exhibicionismo de géneros (de punto).

El caso es que el posado de la discordia ha puesto su mordedura a este verano que agoniza y le ha robado su cuota de protagonismo a las Olimpiadas, sosas y adulteradas. Tan sólo ha quedado enturbiado por el subidón asfixiante del petróleo, que para el señor **Rajoy** no tiene una causa directa con la guerra ilegal que su partido apoyó contra Irak, sino que es culpa de la demanda de los chinos, que son muchos. ¿Habrán cambiado la salsa de soja por crudo? La pregunta (y la sospecha) la ha dejado el señor **Rajoy** en el aire para quien quiera investigar.

Una vez que tenemos nuestro posado de *top ministries*, los cacareos de la oposición engrasados, los comités de sabios bien, gracias, las comisiones preparadas para seguir impartiendo lecciones en el limbo de la nada y el *llaut* de ZP atracado en algún puerto de Menorca sólo nos queda descubrir un último misterio: ¿Dónde está *El grito* de **Munch**? ¿Qué sótano alberga este alarido expresionista? ¿Por qué a nadie le da por llevarse alguna gorda absurda de **Botero** y librarnos así de tanta memez pseudopictórica? Los burlangas no tardaron más de 30 segundos en dar el palo. Medio minuto para apoderarse de unos centímetros de Historia y cumplir el encargo. Algo más de lo que se tarda en enfocar sin prisas una cámara de fotos, medir la luz, acertar con la distancia, acariciar con la yema del índice el disparador y fijar a ocho ministras sobre un papel varitado de falsa discordia. Lo que viene después es un cóctel con gotas de machismo, falta de humor y estupidez en potencia. Que el verano sea con ustedes.

PATRICIO PEÑALVER



la calle Puerta de Murcia se encontraba con aquellas esplendorosas balconadas con amplios ventanales, y le gustaba aquel estilo modernista que ahora hacía más moderna que antes a Cartagena. Y en mitad de la calle, con su gracia y su simpatía por doquier, como siempre ahí estaba Antonio el vendedor de cupones, el pequeño gran hombre que ya llevaba en el oficio de pregonar lo números de la suerte más de 36 años, dándole a cada cual su palique con su buen rollo positivo, y cantando: «señor doctor míreme usted/ mi corazón no marcha bien. El día que yo la vi / mi corazón se paró...». Antoñico tenía su gracia marinera, tanta como la conversación que el día anterior había escuchado a tres conocidos cartageneros que trabajaban fuera de su tierra, al final de la calle Mayor. El primero de ellos había dicho: «podíamos tomar un vino, ¿ahí enfrente no había una taberna?». El segundo le respondía: Sí había, pero ahora en vez de tabernas hay inmobiliarias». Y el tercero para rematar la plática, espetaba: «Bueno, ahora en Cartagena, sólo hay Puerto de Culturas».

Cada mañana regresaba a ese puerto, y aquella era la de la despedida. Miraba al mar con la misma intensidad de la primera, tratando de aprehender y llevarse las mil y unas historias de esas aguas, tierra adentro. Y allí seguía mirando paciente-mente, otra vez, el negro que soñaba con ser Eto’o.

La mirada del negro que soñaba con ser Eto’o

Acababa de pasar más de diez días en Cartagena y todas las mañanas había ido al puerto a mirar el mar, a escuchar su rumor, a oír los sonidos de las olas incasantes que unas veces mansas y otras bravas chocaban contra el espigón.

Cada mañana contemplaba el mar con un nuevo pasmo, como si acabara de verlo por primera vez y quisiera componer una hermosa alborada con sus sonidos. Con la vista fija en el infinito miraba intensamente tratando de encontrar la otra orilla, hasta que su vista se perdía en la inmensidad de un mar de sueños. Y con la vista perdida, aquella mañana había visto a un negro que mirando al mar soñaba. Soñaba con los ojos abiertos, ante el trasiego de embarcaciones de lujo que salían a la mar o tomaban puerto, acordándose de la patera en la que había llegado buscando en el viejo mundo la esperanza de una nueva vida. Y entre pesadillas bravías recordaba a todos los que no habían llegado, y a los centenares que estaban llegando a mal puerto y que serían retornados. Observando la tragedia ajena y el caprichoso azar, se podía considerar un hombre afortunado. Cerraba los ojos y se encontraba de pronto en su pueblo, cubierto por una sabana verde, por la que corría libre dándole patadas a un viejo balón con la ilusión del niño que soñaba con llegar a ser Eto’o, y se acordaba de las palabras

que su ídolo acababa de pronunciar, ante las cámaras de televisión: «correré como un negro para vivir como un blanco». Abría los ojos y pensaba que de momento él tendría que seguir trabajando como un negro para vivir peor que un negro. Y con humildad y sencillez abandonaba alegremente el puerto.

Como cada mañana también él se marchaba, cavilando sobre lo que podía sentir aquel negro que miraba con la misma intensidad que él, hacia la otra orilla.

Le gustaba ese puerto con sus grúas amarillas y grises, con sus palmeras, y con sus turistas esperando a que llegara la motora Puerto de Culturas y les diera un paseo marítimo. Después aquellos abigarrados turistas se harían las fotos de rigor: la del submarino Peral, la de la estatua del marinero de reemplazo, y leerían en el mosaico de la muralla, lo que dejó escrito Miguel de Cervantes: «Con esto, poco a poco, llegó al puerto. / A quien los de Cartago dieron nombre. / Cerrado a todos los vientos y encubierto. / A cuyo claro y singular renombre/ se postran cuantos puer- tos el mar baña. /Descubre el sol y ha navegado el hombre». Le gustaba ese puerto, y otras cosas de esa ciudad, y eso bien lo sabían el *Fully*, Manolo el *Teacher*, o el *Gali*, **Dora Catarineau**, o *El Rampa*, y otras estu- pendas mujeres de cuyos nombres no quería acordarse.

Cada mañana, a su regreso al hotel, por

Los aviones rusos

La situación de la aviación civil post-soviética es tan precaria (como latestigua el número anómalamente alto de graves accidentes) que este miércoles había una pequeña esperanza, si vale decirlo así, de que la pérdida casi simultánea de dos aviones Tupolev se debiera a razones técnicas, pero crecía la impresión de que podría tratarse de atentados terroristas.

La razón principal es el agravamiento de la situación militar y política de las últimas semanas ante las elecciones presidenciales del próximo domingo en Chechenia, adelantadas tras el asesinato en mayo del presidente pro-ruso y enemigo jurado de la guerrilla independentista, **Ahmad Kadyrov**. Murió en un audaz ataque terrorista en un estadio pese a que vivía rodeado de severas medidas de seguridad.

El ala política de la guerrilla emitió un comunicado del *presidente Aslan Masjadov* negando toda responsabilidad en el doble incidente de los aviones, pero aún flotan en el aire declaraciones tuyas recientes reconociendo que si sus fuerzas dispusieran de aviones o misiles las ciudades rusas podrían ser sus *objetivos legítimos*. Esas palabras en boca de quien durante años representó la vía política y condenó las acciones crueles (como la toma de rehenes en un teatro moscovita ahogada en un baño de sangre) sonaron a un cambio dramático.

Sobre el terreno se han acelerado en las últimas semanas los ataques de los independentistas armados, sin excluir atentados con explosivos en trenes de cercanías o coches-bomba contra centros oficiales en pleno Grozny, la capital de la república. Y el lunes hubo una explosión en una parada de autobús en Moscú atribuida a terroristas chechenos.

Las fuerzas rusas han respondido a su vez enérgicamente y todavía el lunes se informó de bombardeos de su fuerza aérea con fuertes bajas en las filas rebeldes. Y **Vladimir Putin**, quien visitó el territorio por sorpresa para respaldar al campo pro-ruso, reiteró su decisión, aparentemente muy firme, de combatir la guerrilla por medios militares, pese a la visible incapacidad de sus tropas para liquidar la rebelión.

Estas consideraciones, sin embargo, sólo tienen sentido en la hipótesis de que los accidentes sean, en realidad, sabotajes. Si así es, habría que concluir que no sólo el mantenimiento de las aeronaves va mal, sino la seguridad en tierra: que alguien pueda subir a bordo de un avión en un aeropuerto de Moscú con armas o explosivos es, sencillamente, inimaginable